

Discurso pronunciado por Elizabeth Jelin en ocasión de agradecer la concesión del Doctorado Honoris Causa, Université de Paris Ouest, Nanterre La Defense, 11 de diciembre de 2014

(traducción al castellano)

Quiero agradecer a la Universidad y a sus autoridades por este reconocimiento. Y a mi colega Marie-Claire Lavabre por su generosidad en la semblanza que hizo de mi persona y mi carrera.

Antes de proseguir, quiero excusarme por mi débil francés, que me fuerza a simplificar mi discurso. Soy de Buenos Aires y mi idioma nativo es esa versión del castellano que llamamos “porteño”. El francés no es mi lengua, y hablarlo significa un esfuerzo grande. Lo hago ahora como gesto de gratitud por el reconocimiento que me conceden hoy aquí.

El honor que recibo no es solamente personal. Más allá de mi misma, considero que le corresponde a la comunidad de investigadorxs diseminadxs principalmente a lo largo y ancho del Tercer Mundo, una comunidad orientada a la construcción de conocimientos al servicio de la transformación social y política, dirigida a erigir un mundo más igualitario, pluralista y respetuoso de lxs otrxs.

Las desigualdades sociales estuvieron desde siempre en el centro de mi atención. Los temas específicos de mi trabajo fueron cambiando según las condiciones sociales y las cuestiones prioritarias de la lucha política y de la discusión en la esfera pública en cada momento histórico. Todos esos temas tienen un lugar importante hoy: las migraciones, la familia y el cuidado, el mercado de trabajo, las organizaciones sindicales, los movimientos sociales, la ciudadanía, las cuestiones ligadas a la desigualdad de género y a los derechos humanos (digo “humanos” y no “del hombre” como dicen en francés, porque en ese caso tendría que agregar “de la mujer, de lxs trans e intersexuales, y de todas las formas ambiguas e híbridas de la sexualidad humana”).

Mi trabajo se ubica en el punto donde convergen las estructuras sociales, las instituciones, las experiencias culturales y la subjetividad, los significados y las emociones. Cada hecho social contiene todos estos niveles. Y también una multiplicidad de temporalidades –el pasado que refiere a la memoria, el presente del momento, los horizontes y las ilusiones del futuro, la imaginación de eso que todavía no es pero que puede llegar a ser. Es por eso que en el corazón de mis investigaciones están los trabajos de la memoria y su papel en los conflictos y proyectos sociales.

Mis vínculos intelectuales con Francia están marcados por la lectura de los clásicos y por la discusión de las corrientes intelectuales francesas, más que por contactos personales con el mundo universitario francés. Tengo más relaciones con colegas de América Latina y del mundo anglosajón que con los franceses. Sin embargo, la presencia de Francia en las ciencias sociales argentinas es muy fuerte, y –debo resaltarlo-- muy asimétrica. De hecho, en promedio se publican por año en Argentina casi cien libros traducidos del francés de ciencias sociales y humanas, frente a un libro argentino traducido en Francia.

Estamos aquí en Nanterre. En mi biografía, Nanterre está ligada a Mayo del 68. En ese momento, yo miraba ese acontecimiento desde la periferia, desde América Latina. Con la historia y la memoria de la región, porque en 1918 hubo un movimiento de reforma universitaria que se inició en Córdoba (Argentina), una revuelta estudiantil que fue el origen de la autonomía universitaria del mundo latinoamericano y de todos los movimientos democráticos y revolucionarios de la región.

En 1968, al hablar de lo que estaba ocurriendo en Francia, *Le Monde Diplomatique*, hizo referencia a esos acontecimientos argentinos: “en el momento en que la universidad francesa busca una nueva vía, no es inútil evocar las experiencias que se han desarrollado, con fortunas diversas, a lo largo de este medio siglo de autonomía universitaria”.

El período del 68 fue de fuerte movilización social en la región, con demandas de democratización universitaria, pero también como parte de movilizaciones más amplias, en alianza con la clase obrera. La huelga universitaria mexicana que terminó en la masacre de Tlaltelolco, el movimiento brasileño de la “passeata dos 100.000” en Río, el Cordobazo en Argentina en el año siguiente, fueron la manifestación de la juventud de la época, una juventud que tenía la ilusión de cambiar el mundo.

Para América Latina, la importancia de mayo del 68 no puede ser exagerada. Para los intelectuales, París continuaba siendo la CIUDAD LUZ y había que mirar el mundo con ojos franceses. Carlos Fuentes, el célebre escritor mexicano, estaba en París en mayo del 68, y escribió una crónica de lo que vio y vivió allí. Hablaba desde su condición de latinoamericano:

En las barricadas, en las manifestaciones, en el diálogo maravilloso que ha sido el triunfo mayor de la revolución, nos hemos encontrado y nos hemos reconocido: chilenos y españoles, argentinos y mexicanos brasileños y peruanos, portugueses y centroamericanos. Hemos discutido el destino probable, los imposibles sueños y las pesadas condenas de nuestros países: en el espejo de los sucesos franceses, era posible

discernir la imagen mutilada de la comunidad de habla española y portuguesa, sus carencias y sus aspiraciones... Secularmente enajenados y excéntricos por y ante la imagen universal del Hombre blanco, burgués, cristiano, capitalista y racional, hoy nos identificamos con los hombres que, desde el antiguo centro, se proclaman tan ex céntricos y enajenados como nosotros y en nosotros se reconocen.

Mayo del 68 se inscribe en una trayectoria que se inició mucho antes, y con consignas que fueron retomadas más tarde. El slogan “seamos realistas, pidamos lo imposible” es una figura que sigue transitando por el mundo. Fue retomado por las Madres de Plaza de Mayo cuando la situación política estaba dominada por el miedo, cuando muchos incitaban a la prudencia y a la inacción. Hoy en día el slogan continúa propagándose entre grupos y movimientos diseminados por el mundo. Es así porque las revueltas contra la “vía única” son todavía actuales.

Dos temas apelan a mi reflexión.

Como viajera infatigable, he vivido, enseñado y estudiado en muchos lugares, en América Latina, en Europa y en América del Norte. Vivo y trabajo en Buenos Aires, lejos de los centros de poder mundial. En mis diálogos y en mi participación internacional, tengo una agenda muy clara y precisa: el objetivo es mostrar a mis colegas en el centro del poder académico del Occidente dominante que la periferia tiene algo que ofrecer en la construcción del conocimiento y en la democratización de sus flujos. A contramano de la situación geopolítica actual, el desafío es poder desarrollar perspectivas realmente cosmopolitas, abiertas a la incorporación de lo que hay más allá de nuestra propia realidad inmediata. De hecho, fue en la periferia donde el cosmopolitismo intelectual nació y se desarrolló –porque es allí donde hay necesidad de estudiar tanto lo que se produce en el centro como lo que se produce en la periferia misma. Investigadorxs e intelectuales del centro, por el contrario, pueden considerar su producción como universal, general, y con valor teórico. Esta situación se repite también en la lengua, cuando se presupone que todxs nosotrxs, intelectuales de la periferia, estamos obligadxs a comprender y a hablar inglés y francés, pero no a la inversa.

Esta situación está cambiando. Si en 1968 los latinoamericanos se miraban a través del espejo francés, hoy en día lxs europexs comienzan a mirarse en el espejo del Tercer Mundo. La crisis europea actual obliga al centro a dirigir su mirada y a aprender de la periferia. Las cuestiones ligadas a la migración, a la diversidad cultural y lingüística, a la desocupación estructural y la marginalización, al crecimiento de las desigualdades y a las protestas frente a las recetas del poder hegemónico –todos ellos son procesos en los que la periferia tiene mucho para enseñar a los centros.

Finalmente, una reflexión autobiográfica. Durante toda mi vida, las cuestiones personales, las preocupaciones académicas y mis inclinaciones y compromisos políticos estuvieron ligados íntimamente, de manera inextricable. Es en el pensamiento feminista donde aprendí e hice mía la crítica al pensamiento binario, que separa lo público y lo privado, lo académico y lo político, lo personal y lo colectivo. Yo no puedo pensar uno sin el otro. Estoy convencida, como C.W.Mills, que es en el punto de convergencia de la biografía y la historia, de las cuestiones públicas y las inquietudes privadas, donde se encuentra la imaginación sociológica, y es ésta la que ofrece la llave para comprender el mundo y para imaginar las vías del futuro.

Me entusiasma acompañar los procesos de aprendizaje de los y las jóvenes. Se trata del desarrollo de habilidades reflexivas, de la posibilidad de abrir sus cabezas y sus corazones a experiencias y a ideas nuevas. El mejor elogio que puedo recibir es “lo que dijiste me hizo pensar”. La curiosidad intelectual y la experiencia de vida son los ingredientes iniciales. Vienen después los procesos de descubrimiento, la formulación de sus propias preguntas, la búsqueda de respuestas originales, el reconocimiento de que el saber se va a expandir si uno se para sobre las espaldas de otrxs, de lxs gigantes. Para usar la expresión de Newton, “on the shoulders of giants”.

Recientemente, varios de mis profesorxs, de lxs intelectuales que fueron referentes importantes en mi vida, se han ido. En consecuencia, la lógica del pasaje del tiempo me conduce a preguntarme sobre mi lugar en la cadena generacional. Los y las jóvenes que comparten mi vida y mis proyectos de trabajo me devuelven una imagen por la que puedo estar convirtiéndome en su referente. Mi deseo es estar allí, promoviendo el diálogo intergeneracional. Espero y deseo que esxs jóvenes se apropien críticamente del saber que nosotrxs les transmitimos, sin tener miedo de pensar.